# Los Obispos de la Independencia

Mariano Baptista Gumucio

10

Grupo Editorial Kipus

COLECCIÓN DE BIOGRAFÍAS BREVES

# ÍNDICE

La Iglesia en el Nuevo Mundo ..... 9

Remigio de la Santa y Ortega
Obispo de La Paz..... 30

Benito María de Moxó y Francolí
Arzobispo de La Plata ..... 52

Benito Lué y Riega
Obispo de Buenos Aires..... 79

José Sebastián de Goyeneche y Barreda
Arzobispo de Lima ..... 83

Anexos..... 89
La difícil relación de la Nueva República
con la iglesia

La política de los prelados ..... 91
*Marie-Danielle Demélas*

Iconografía ..... 95
Retratos de los Obispos de la colonia y de la
independencia (Museo de la Catedral de Sucre)

# LA IGLESIA EN EL NUEVO MUNDO

Si bien hasta mediados del siglo XVII, la cuestión religiosa en Europa tenía predominio absoluto como lo había probado la guerra de los 30 años, el exilio de los puritanos ingleses al Nuevo Mundo y el gran cisma provocado por el fraile Martín Lutero, en Alemania, con otras ramificaciones en el continente, el tema fue retomado con singular ardor por los españoles que con su victoria sobre los moros al cabo de ocho siglos se habían habituado a guerrear y confundir el poder temporal con el divino. La expulsión de las minorías, árabe y judía, marcó el predominio incontestado de Su Majestad Católica, convertido en campeón de la Contrarreforma que a través de los siglos mantuvo la cohesión del flamante imperio, donde no se ponía el Sol, hasta la invasión napoleónica de 1910. Curiosamente, los españoles tomaron de sus enemigos, los árabes, la idea de nación como inseparable de la fe religiosa.

Este concepto fue trasladado a América, en virtud de varias bulas que el monarca español gestionó ante el Sumo Pontífice Alejandro VI, como representante de Cristo en la Tierra. La primera es la Inter. Cateare de 3 de mayo de 1493: "Que la fe católica se amplíe y dilate por todas partes, se promueva la salvación de las almas y se reduzca a una sola fe, a las naciones bárbaras, con el envío al Mundo Nuevo de varones honestos y temerosos de Dios, doctos, peritos y experimentados para instruir a los moradores y habitantes a la fe católica". En su viaje de descubrimiento, Cristóbal Colón no estuvo acompañado de ningún sacerdote, pero él y su tripulación oyeron misa y comulgaron antes de embarcarse y mientras duró el viaje, todos los atardeceres cantaban en coro el Salve Regina. Ya en la segunda travesía, los Reyes Católicos instruyeron al navegante: "Sus Altezas desean que nuestra santa fe católica sea aumentada y acrecentada, mandan y encargan al Almirante Visorrey y Gobernador, que por todas las vías y maneras que pudiere, procure y trabaje en atraer a los moradores de las islas y tierra firme, a que se conviertan y para ayuda de ello, sus Altezas envían allá al devoto Fray Bernal boy, junto con otros religiosos que el Almirante consigo ha de llevar. Dicho sacerdote recibió del papa Alejandro VI, la Bula piis Fidelium como legado pontificio. A éste siguieron frailes franciscanos y dominicos y más adelante agustinos,

mercedarios y finalmente jesuitas. Pero también muchos sacerdotes seculares, como capellanes o catequizadores. La bula más importante fue, por cierto, la que dividió al Nuevo Mundo entre España y Portugal, lo que provocó el comentario del rey Francisco I de Francia de que le habría gustado leer el testamento de Colón para conocer el origen de tan extraño reparto.

Hasta casi medio siglo después de la conquista se empleó el llamado "Requerimiento de Vasallaje", que Fray Bartolomé de las Casas, el gran campeón de la causa indígena, calificó de "injusto, impío, escandaloso, irracional, infamante para la fe y la religión cristiana", aprobado en 1513, luego de una consulta a una junta de teólogos y juristas y redactado en los siguientes términos: "De parte del rey don Fernando y la reina doña Juana... dominadores de las gentes bárbaras. Nos, sus criados, os notificamos y hacemos saber... que Dios, Nuestro Señor, vivo y eterno, creó el cielo y la tierra y un hombre y una mujer, de quienes vosotros y nosotros y todos los hombres fueron y son descendientes... De todas estas gentes, Dios... descargó en uno, que fue San Pedro, para que de todos los hombres del mundo fuese señor y superior, a quien todos obedeciesen y fuese cabeza de todo el linaje humano, doquier que los hombres viviesen y estuviesen... y diole el mundo por su reino y jurisdicción... Uno de los pontífices pasados... como señor del mundo, hizo donación de estas islas y

tierra firme del mar océano a los dichos Rey y Reina y a sus sucesores... Por ende... os rogamos que entendáis bien esto... y reconozcáis a la Iglesia por señora y superiora del universo mundo y al Sumo Pontífice, llamado Papa, y en su nombre al Rey y a la Reina, nuestros señores, como superiores y señores de estas islas y tierra firme, por virtud de dicha donación y consintáis y deis lugar a que estos padres religiosos os declaren y prediquen lo susodicho. Si ansí hiciéredes os dejaremos vuestras mujeres e hijos y haciendas libres, sin servidumbre... y si no lo hiciéredes... certificaos que con la ayuda de Dios nosotros entraremos poderosamente contra vosotros y os haremos guerra...."

La prisión de Atahuallpa en la plaza de Cajamarca, en 1532, tuvo lugar precisamente a raíz del Requerimiento que le hizo el cura Valverde, después del cual le entregó un ejemplar de la Biblia, gesto que el Inca no entendió, pues al llevarse el libro al oído y no escuchar ninguna palabra que saliera de allí, lo arrojó al suelo, lo que encolerizó al fraile, quien dio unos pasos atrás, abriendo campo a los 160 soldados de Pizarro auxiliados por el estampido de sus armas y la carga de sus caballos.

El rey Fernando de Aragón logró que el Papa diera a la Corona Española, el control directo sobre la iglesia católica en las Indias, así como la concesión de

los diezmos, repartidos entre el poder temporal y el espiritual con el compromiso de que si ellos no eran suficientes, la Hacienda Real, asegurara a arzobispos u obispos, una renta mínima de 500.000 maravedíes al año. Todos en el Nuevo Mundo, a excepción de los menores de edad, cualquiera fuera su condición, sexo, o pigmento, tenían la obligación de pagar el diezmo, cobro a cargo de los empleados de la Hacienda Real, pero también encargado a personas particulares, mediante el sistema de arriendo, fácil ventana a la corrupción.

Mientras los conquistadores ganaban nuevas tierras, incluso imperios para el rey, los segundos estaban facultados para salvar las almas de los neófitos. No se trataba, sin duda, solamente de una superioridad tecnológica, que era evidente, entre indígenas y españoles, sino que estos últimos estaban también convencidos de que Jesucristo, o en su defecto Santiago el Apóstol, acudiría en su auxilio y los sacaría del peligro. Esa fe inconmovible explica en buena parte la hazaña de la conquista. Garcilaso de la Vega Acosta y Herrera, como otros cronistas, aseguran que los combatientes en diversas batallas vieron al apóstol Santiago o a la Virgen María, dándoles ánimos desde el cielo, e incluso al Niño Jesús, que arrojaba tierra a los ojos de los guerreros indígenas. Los milagros se suceden sin cesar en *La crónica moralizada* de Fray

Antonio de la Calancha o en la monumental *Historia de Potosí* de Bartolomé Arzans de Orsúa y Vela, en la que el demonio es una presencia constante.

El primero escribió, sin embargo: "Por estas manchas, donde si no había llovido estaba lloviendo, salían a sembrar algunos religiosos. Predicaban al vuelo, daban un pregón del Evangelio aprisa; andaban en busca de algunos indios que, por ventura, o no se habían escondido o andaban en las guerras. Decíanles algo de la fe y tal cual los bautizaban... En aquellos tiempos de revueltas, la doctrina que solían tener los indios era la que estaban obligados a darles los encomenderos por medio de los religiosos y consistía por entonces en que algún español mestizo les rezaba las oraciones en castellano, que era como rezárselas en griego, sin provecho alguno. Después de cimentada la paz general y apoderados los encomenderos del rebaño indígena, aún pasaron los misioneros algunos años cultivando sólo a medias, la viña del Señor a causa de los impedimentos y dificultades que cada día les salían al paso; baste citar nada más que la dispersión en que vivían los habitantes de tan variadas regiones, en las cuales, si un encomendero tenía 2.000 indios en su repartimiento, estaban situados en 50 o 100 leguas en contorno, y en muchos lugares habitaban entre riscos, en quebradas y valles, adonde ni a caballo ni a pie podía entrar el sacerdote".

*Si usted desea conocer la Historia y Cultura de Bolivia cuente en su biblioteca con esta colección de biografías breves de quienes formaron el país.*

ISBN: 978-99974-66-96-9